

químicas se estropean las manos y los trajes. La piel de las manos vuelve a salir; pero el paño y la tela no se restauran, y esta es una de las razones por que las madres de familia abominan de los adelantos científicos que han puesto la fotografía al alcance de todos. Hay aficionados, no cabe negarlo, tan diestros como los del oficio. Insisto en decir que lo que más los diferencia, es la *invisibilidad*. Como al fotógrafo le vale dinero enviar las pruebas y las copias, las envía. Como al aficionado le cuesta dinero la misma operación, rehuye hacerla — acaso la pereza tenga en esto tanta parte como la economía. — Yo en esto hablo por experiencia. Pasarán de mil las veces que he sido blanco del objetivo de esas maquinillas más ó menos portátiles. Pasarán de quinientas las promesas solemnes de enviar «inmediatamente» la prueba. No llegarán á diez los que llenaron este compromiso, espontáneamente contraído. Y de esos diez caballeros de la Tabla Redonda, sólo cinco presentaron «productos» que se pueden mirar sin horror.

**

Debiéramos aceptar una forma de la solidaridad: todo el que sea blanco de una maquinilla, debería soltar una peseta para contribuir á los gastos del aficionado, obligándole así, de un modo delicado é indirecto, á rematar la suerte. Yo he observado que la mayoría de estos fotógrafos de afición son mozalbetes á quienes el bozo no les ha salido, y que, por lo tanto, suelen tener quien les riña si derrochan. Ayudándoles el público, se facilitaría su situación en el seno de la familia, y todos saldríamos ganando; porque, sin poderlo remediar, cuando nos retratan tenemos la curiosidad de nuestra propia estampa, el afán de ver lo que dice la implacable fotografía — ese instinto que mueve á detenerse cuando cruzamos por delante de un espejo, y en el cual no tiene tanta parte la vanidad como la especie de sugestión que ejerce el *yo* sobre sí mismo.

**

En esto de los retratos es donde más clara aparece la psicología del *yo*, los misterios de la humana vanidad. Todo retratista tiene ocasión de estudiar á fondo la miseria del hombre. (Y de la mujer, por supuesto). Estoy escribiendo una novela, la historia de un célebre retratista que murió joven, y acuden á mí en tropel los recuerdos de las revelaciones de aquel artista malogrado, que recogía diariamente más documentos humanos de los que podía necesitar ningún Zola (de antaño) ni ningún Flaubert, para realizar sus duros análisis. Pero, sin necesidad de evocar memorias, entrad en el portal de una fotografía, y mirad detenidamente aquella serie de estampas: leeréis en ellas la vanidad, la preocupación del *yo*, el afán de afirmarse como *algo* que existe y que llena un papel, el impulso egoísta y presuntuoso del que se retrata y que sale á la cara de un modo inevitable. Desde el soldado que estrena el uniforme y se retrata muy cuadrado para enviar la tarjeta á la novia, hasta el misacantano que se coloca sentado gravemente, el codo apoyado sobre una mesa de tapete, al lado un Cristo, entre las manos un libro — todos, militares con cruces, curas de lustroso manto, alcaldes de levita y bastón de borlas, menegildas de zapatos blancos, señoritos de americana rabricorta, chiquillos de pelo suelto, hasta niños de pecho en cueritos, enseñando lo que más valdría tapar, — todos *posan*, es decir, todos se preocupan (sabiéndolo ó por instinto obscuro) del efecto que producen, de lo que de ellos va á fijar y sorprender la reveladora máquina. La expresión de las caras lo dice; lo proclama á gritos. ¡Y qué de fealdades, qué de ridiculeces descubre la tal máquina traidora! ¡Qué grupos de novios, atontados, ella de blanco, él de negro, inefablemente ridículos; qué chiquillos tan horrendos; qué soldados tan brutos; qué señoritas tan esmirriadas; qué triste idea dan del estado de la raza los ejemplares exhibidos en los portales de los fotógrafos, máxime si creemos, como es natural, que éstos procurarán enseñar lo mejor de la colección, el fondo del baúl!

**

Siguen á la orden del día los asesinatos de mujeres. Han aprendido los criminales que eso de «la pasión» es una gran defensa prevenida, y que por «la pasión» se sale á la calle libre y en paz de Dios, y no se descuidan en revestir de colores pasionales sus desahogos mujericidas. Hace pocos días, en Madrid, un individuo escabechó limpiamente, de cierta cuchillada en mitad del corazón, á una infeliz muchacha que iba á la compra. No se puede decir

que fuese traición la que cometió este individuo: no se le debe acusar de alevosía: él anunció, con la anticipación debida, lo que iba á suceder: él avisó para que se preparasen. «Que voy á matar á esa chica», dijo en tiempo. «Que la mato.» Peor para la chica, y para la autoridad, si no lo evitaron, si le dejaron que cumpliera el fino gusto.

¿Pasión? No: codicia, vileza y barbarie, como casi siempre. No sé si el Jurado se compone de románticos, que creen en la pasión como en un fenómeno universal: si es así, que se estudien los jurados á sí propios. Se habla mucho de pasión, pero es como los duendes: todos los nombran y nadie los ve. La pasión, aunque sea excusa, debe ser excusa rarísima, lo más excepcional, lo más probado. La pasión es noble, y estos criminales mujericidas obedecen á los impulsos más innobles y bajos. Enhorabuena los jaches de Andalucía que liándose al brazo la faja y abriendo la faja con los dientes, se destripan cara á cara: enhorabuena; esto es lucha feroz, pero generosa y altiva. Mas el que acecha al paso á una mujer, la atraviesa el corazón ó la degüella, y después alega que la quería, que la adoraba, que *no podía vivir* sin ella precisamente..., á ese, todo el rigor de la ley, porque además de criminal es un cobarde.

**

Generalmente resulta, como creo que ya ha resultado en este caso, que el supuesto enamorado Amadís es buenamente un *alphonse*, y la víctima su *marmita* ú olla del cocido, la que le da de comer y para cigarros. No trabajar y vivir como un sultán — el ideal grosero de esos tenorios de plazuela. — La desdichada que ya no puede soltar jugo, es víctima dispuesta al sacrificio, inmolada á una venganza ruin y salvaje. De diez casos, en nueve encontraremos este elemento repulsivo: el dinero, en vez de la pasión; la holgazanería del asesino, que aspiraba á sostenerse con el trabajo de la víctima. ¡Si en esto ven los señores del Jurado y los magistrados un motivo de interés y de conmiseración, una causa de indulgencia, allá ellos! Yo veo razón de indignada severidad.

**

El *mujericidio* siempre debiera reprobarse más que el *homicidio*. ¿No son los hombres nuestros amos, nuestros protectores, los fuertes, los poderosos? El abuso del poder, ¿no es circunstancia agravante? Cuando matan, á mansalva, á la mujer, ¿no debería exigírseles más estrecha cuenta? Y sin embargo, los anales de la criminalidad abundan en *mujericidios*, impunes muchas veces, por razones especiosas, mejor dicho, por sofismas que sirven para alentar al crimen. Así como el cura del castillo de Locubín creía que por ser sacerdote no iría al patíbulo, el hombre, en general, cree vagamente que por ser hombre tiene derecho de vida y muerte sobre la mujer. Los resultados de esta creencia los vemos diariamente. ¿Hasta cuándo durará esta racha de *pasión* tan útil para los cuchilleros y los armeros que venden revólveres baratos?

EMILIA PARDO BAZÁN.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Uno de los enigmas que más despiertan mi curiosidad, es averiguar cómo viven los fotógrafos de oficio, ahora que tanto ha cundido y se ha esparcido la moda y la costumbre de las fotografías de afición. Verdad es que estas fotografías tienen para mí un nombre especial: las llamo *fotografías invisibles*, en vez de *instantáneas*, como suele llamarles la gente. Invisible es lo que no puede verse, y rarísimo caso es que se vean los resultados del trabajo de los fotógrafos de afición. Siempre ha de suceder una calamidad: ó se rompe la placa, ó se agua el clisé, ó se borra, ó sale con viruelas, ó queda allí, en un rincón, guardado, sin revelar, por los siglos de los siglos. Y generalmente es esto lo mejor de cuanto puede sucederle á la víctima de tal género de fotografías. Porque si llega el caso de que las revelen y las trasladen al papel, las exclamaciones son unánimes. «Pero ¿qué es esto? ¿Cómo hemos salido? ¿Soy yo así? ¡Jesús, hija, cómo te han puesto! ¡Pero qué atrocidad! ¿Quiénes son esas? ¡Si parecemos fieras! ¡Si parecemos monstruos! ¡Ay, yo estoy negra! ¡Anda, si parezco la abuelita!» Etcétera, etcétera.

**

En las vocaciones de aficionados, suele correr parejas el entusiasmo que siente el que las ejercita, con la severidad y la risa del público. Esta regla no se desmiente en los fotógrafos de afición. Llega á adquirir en ellos caracteres de manía el afán de rivalizar con los Nadar y los Franzen. No viven sino para la maquinilla y las películas. Por tomar instantáneas, las toman de las cosas más insignificantes, vulgares y baladíes, como aquellos discípulos y neófitos del naturalismo que lo describían todo sin examen ni discernimiento, y hacían el inventario de los objetos contenidos en una alacena, sin perdonar lo más mínimo. Los fotógrafos de afición «sacan» un árbol, una casucha, una fregona, un cerdo, y he visto yo, en la colección de placas de un aficionado, seis que reproducían una misma garita, delante de la misma pared rasa y desnuda de un mismo cuartel.

**

No hablemos de los destrozos que «la afición» causa en la ropa. Con los ácidos y las preparaciones